

La peste de Atenas (429 - 426 a. C.)

Christiane Voigt

J. Pablo Figueroa Z.

Instituto de Filosofía

Facultad de Humanidades y Educación

Introducción

La pandemia actual no es una novedad del siglo XXI, el fenómeno ya existía en la antigüedad griega. De hecho, la palabra deriva del griego clásico, *pandemia* significa «el pueblo entero» y el adjetivo correspondiente *pandemos* «común al pueblo entero». En la antigüedad clásica se solía ocupar el término *epidemia*, «propagación de una enfermedad contagiosa en un país», en relación al diagnóstico de una enfermedad. La epidemia por excelencia fue la peste de Atenas (en 430/429 a.c.) que se produjo algunos días después de la invasión de la armada espartana y de sus aliados.

Es el historiador griego Tucídides quien dedicó una obra a la guerra entre Atenas y Esparta por la dominación de Grecia: *Historias*, o *La guerra del Peloponeso*. Según este testigo, «la verdadera razón, aunque declarada menos explícitamente, que obligó a la guerra fue el gran desarrollo de la fuerza ateniense y el temor que derivaba de esto para Esparta» (I, 23).

El resultado de la peste fue bastante devastador, ya que diezmó entre un cuarto y un tercio de la población ateniense. ¿Cómo explica esa epidemia en la Antigüedad misma Tucídides, un testigo contemporáneo? Esta experiencia trágica que devastó su generación y su patria se explica en parte por las malas condiciones sanitarias dentro de la ciudad. A sus propios habitantes se sumaron refugiados de las regiones circundantes de Atenas. «Anteriormente varios países de la región de Lemnos y en otros lugares ya habían sido alcanzados, dicen, por el mismo mal, pero no se conservaba en ninguna parte el recuerdo de una epidemia tan violenta y tan mortífera como ésta. Los médicos enfrentaron por primera vez una enfermedad que no conocían, eran impotentes. Es incluso entre ellos que la mortalidad fue más elevada, porque tenían contactos más frecuentes con los enfermos. Todas las formas de acción humana eran ineficaces. (...) La situación de los atenienses, ya agobiados por la epidemia, era aún más grave por el hacinamiento de los refugiados en la ciudad. Por falta de vivienda para acogerlos, vivían en campamentos donde la atmósfera, en

esta temporada del año, era irrespirable. Los muertos y los moribundos yacían sin orden ni concierto.» (II, 47-52)

La peste marca el inicio del fin de una época, el fin del florecer de la democracia de Atenas, donde va a imponerse un poder de pocos, la oligarquía. Tucídides se interesa por las causas históricas de la guerra, vista como una crisis de valores.

El relato de la peste de Tucídides encontró un eco lejano en Lucrecio. Así, el poeta romano cierra su poema didáctico, conocido como *Acerca de la naturaleza de las cosas (De rerum natura)*, con la peste de Atenas presentada como una plaga de la humanidad, y causada por la naturaleza (VI, 1138-1286). La dramatización poética del horror no sólo hace eco en la descripción de las víctimas yacentes en las calles de Atenas, sino la amplifica en todos los sentidos agregando los detalles más crudos que suelen acompañar a las catástrofes.

Dada su aspiración científica, explica las epidemias mediante la contaminación del aire y de la tierra: «Primero, he esclarecido anteriormente que existen gérmenes de muchas sustancias que son vitales para nosotros, y, al contrario otras (sustancias) que llevan a la enfermedad y a la muerte deben dar vuelta». El contagio se produce, según Lucrecio, cuando dicho germen alcanza al cielo transformándolo en algo nocivo que puede caer por encima de las aguas, las cosechas, otros alimentos de los hombres y los pastos de los animales. A esta altura se produce la infección en el cuerpo cuyas consecuencias atroces a nivel comunitario han inspirado a escritores de la misma antigüedad clásica hasta el siglo XX, desde las *Geórgicas* de Virgilio hasta *La peste* de Albert Camus.

Frente a estas visiones terribles de aniquilación descritas por Tucídides y Lucrecio se plantea la pregunta ¿de dónde pudiese haber surgido ayuda en aquella crisis? ¿Se esperaba algo de la práctica religiosa? Tucídides relata que en el comienzo los habitantes de Atenas pedían ayuda a los dioses en los santuarios de la ciudad. Sin embargo, al ver la progresión continua de la epidemia dejaban de frecuentarlos y terminaban por ignorar las leyes divinas y humanas. Este mismo efecto se denota en Lucrecio, donde «el dolor presente vencía». La pintura dramática de la peste le sirve para crear así un elogio del epicurismo, una orientación filosófica del periodo helenístico que se puede resumir en el celebre precepto: «Vive escondido». El sabio es llamado a alejarse de la actividad colectiva y retirarse del mundo para dedicarse a la exploración interior. La peste es vista, en una lectura metafórica, como un desorden psíquica o moral, social y natural en su conjunto.

Sobre el plano científico hay que notar que hasta el día de hoy no se sabe de qué enfermedad contagiosa se trató realmente. Los científicos han propuesto una gran variedad de posibles enfermedades, apuntando en particular a la peste. Al menos del punto de vista etimológico, tenemos la certeza que se trata realmente de la peste de Atenas. De hecho, Tucídides utiliza la palabra *loimos* «peste», mientras Lucrecio ocupa el correspondiente latino *pestis* del cual deriva «peste» en español. Y en la mitología griega Apolon lleva el epíteto *loimios* «quien trae la peste»,

una denominación apuntando a su capacidad de enviar flechas envenenadas que se convierten en verdaderos castigos colectivos provocados por epidemias y pestes.



La plaga de Atenas, por Michael Sweerts. S. XVII.

Textos (selecciones)

Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*¹

II, 48, 1. Apareció por primera vez, según se dice, en Etiopía, la región situada más allá de Egipto, y luego descendió hacia Egipto y Libia y a la mayor parte del territorio del Rey. En la ciudad de Atenas se presentó de repente, y atacó primeramente a la población del Pireo, por lo que circuló entre sus habitantes de que los peloponesios habían echado veneno en los pozos, dado que todavía no había fuentes en la localidad. Luego llegó a la ciudad alta, y entonces la mortandad ya fue mucho mayor. Sobre esta epidemia, cada persona, tanto si es médico como si es profano, podrá exponer, sin duda, cuál fue, en su opinión, su origen probable así como las causas de tan grande cambio que, a su entender, tuvieron fuerza suficiente para provocar aquel proceso. Yo, por mi parte, describiré cómo se presentaba; y los síntomas con cuya observación, en caso de que un día sobreviniera de nuevo, se estaría en las mejores condiciones para no errar en el diagnóstico, al saber algo de antemano, también voy a mostrarlos, porque yo mismo padecí la enfermedad y vi personalmente a otros que la sufrían.

II, 50, 1. La naturaleza de esta enfermedad fue tal que escapa sin duda a cualquier descripción; atacó a cada persona con más virulencia de la que puede soportar la naturaleza humana, pero sobre todo demostró que era un mal diferente a las afecciones ordinarias en el siguiente detalle: las aves y los cuadrúpedos que comen carne humana, a pesar de haber muchos cadáveres insepultos, o no se acercaban, o si los probaban perecían. Y he aquí la prueba: la desaparición de este tipo de aves fue notoria, y nos se las veía ni junto a ningún cadáver ni en ningún otro sitio; los perros, en cambio, por el hecho de vivir con el hombre, hacían más fácil la observación de los efectos.

II, 51, 1. Tal era, pues, en general el carácter de la enfermedad, dejando a un lado otros muchos aspectos extraordinarios, dado que cada caso presentaba alguna particularidad que lo diferenciaba de otros. Y durante aquel tiempo ninguna de las enfermedades corrientes hacía sentir sus efectos, y si si sobrevinía alguna, acababa en aquélla. Unos morían por falta de cuidados y otros a pesar de estar perfectamente atendidos. No se halló ni un solo remedio, por decirlo así, que se pudiera aplicar con seguridad de eficacia; pues lo que iba bien a uno a otro le resultaba perjudicial. Ninguna constitución, fuera fuerte o débil, se mostró por sí misma con bastante fuerza frente al mal; éste se llevaba a todos, incluso a quienes eran tratados con todo tipo de dietas.

II, 51, 4. Pero lo más terrible de de toda la enfermedad era el desánimo que se apoderaba de uno cuando se daba cuenta de que había contraído el mal (porque entregado al puntos espíritu a la

¹ Tomado de Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso (Introducción general, traducción y notas de Juan José Torres Esbarranch)*, Madrid, Gredos, 2000.

desesperación, se abandonaban por completo sin intentar resistir), y también el hecho de morían como ovejas al contagiarse debido a los cuidados de los unos hacia los otros: esto era sin duda lo que provocaba mayor mortandad. Porque si, por miedo, no querían visitarse los unos a los otros, morían abandonados, y muchas casas quedaban vacías por falta de alguien dispuesto a prestar sus cuidados; pero si se visitaban, perecían, sobre todo quienes de algún modo hacían gala de su generosidad, pues, movidos por su sentido del honor no tenían ningún cuidado de sí mismos entrando en casas de sus amigos cuando, al final, a los mismos familiares, vencidos por la magnitud del mal, ya no les quedaban fuerzas ni para llorar a los que se iban.

II, 52, 1. En medio de sus penalidades les supuso un mayor agobio la aglomeración ocasionada por el traslado a la ciudad de las gentes del campo, y quienes más lo padecieron fueron los refugiados. En efecto, como no habían casas disponibles y habitaban en barracas sofocantes debido a la época del año, la mortandad se producía en una situación de completo desorden; cuerpos de moribundos yacían unos sobre otros, y personas medio muertas se arrastraban por las calles y alrededor de todas las fuentes movidos por su deseo de agua.

II, 53,1. También en otros aspectos la epidemia acarrió a la ciudad una mayor inmoralidad. La gente se atrevía más fácilmente a acciones con las que antes se complacían ocultamente, puesto que veían el rápido giro de los cambios de fortuna de quienes eran ricos y morían súbitamente, y de quienes antes no poseían nada y de repente se hacían con los bienes de aquellos. Así aspiraban al provecho pronto y placentero, pensando que sus vidas y sus riquezas eran igualmente efímeras. Y nadie estaba dispuesto a sufrir penalidades por un fin considerado noble, puesto que no tenía la seguridad de no perecer antes de alcanzarlo. Lo que resultaba agradable de inmediato y lo que de cualquier modo contribuía a ello, esto fue lo que lo que pasó a ser noble y útil. Ningún temor de los dioses ni de la ley humana los detenía; de una parte juzgaban que daba lo mismo honrar o no honrar a los dioses, dado que veían que todo el mundo moría igualmente, y, en cuanto a sus culpas, nadie esperaba vivir hasta el momento de celebrarse el juicio y recibir su merecido; pendía sobre sus cabezas una condena mucho más grave que ya había sido pronunciada, y antes de que les cayera encima era natural que disfrutaran un poco de la vida.

Tito Lucrecio Caro, *Acerca de la naturaleza de las cosas*²

(Vv. 1138 - 1286)

Unas enfermedades de esta especie,
Causadas por mortíferos vapores,
En los pasados tiempos devastaron
Los campos de los términos Cecropios,
E hicieron los caminos soledades,
Dejaron la ciudad sin pobladores;
Porque naciendo en lo interior de Egipto,
Después de atravesar vastos espacios
De aire y de mar, por último se echaron
Y sobre el pueblo de Pandión cayeron:
Todos los habitantes a millares
Se rendían al morbo y a la muerte:
La enfermedad cogía la cabeza
Con fuego devoraz, y se ponían
Los ojos colorados y encendidos;
Estaba la garganta interiormente
Bañada de un sudor de negra sangre,
Y el canal de la voz se iba cerrando
En fuerza de las úlceras; la lengua,
Intérprete del alma, ensangrentada,
Débil con el dolor, pesada, inmóvil,
Áspera al tacto: cuando descendía
Después aquel humor dañoso al pecho
Desde las fauces, y se recogía
Alrededor del corazón enfermo,
Entonces los apoyos de la vida
A un tiempo vacilaban, y la boca
De adentro un olor fétido exhalaba
Como el de los cadáveres podridos;
Y las fuerzas del alma se perdían,
Y con su languidez tocaba el cuerpo
En los mismos umbrales de la muerte.
Se juntaba a estos males insufribles

² Tomado de Lucrecio, *Acerca de la naturaleza de las cosas* (traducido por D. José Marchena), Madrid, Gredos, 1918.

Una congoja de inquietud perpetua
Y una queja revuelta con gemidos,
Y sollozar perenne noche y día,
Que sin cesar los nervios irritando,
Envarando los miembros, desatando
Las articulaciones, consumían
A los que sucumbían ya cansados
A la fatiga. Las extremidades
De sus cuerpos no obstante parecían
Estar no muy ardientes, ofreciendo
Tibia impresión al tacto: al mismo tiempo
Estaba colorado todo el cuerpo,
Con úlceras así como inflamadas,
Como si hubiera sido derramado
Fuego de San Antón sobre sus miembros.
Un ardor interior los devoraba
Hasta los mismos huesos, y la llama
En su estómago ardía como hornaza:
La más ligera ropa los ahogaba;
Al aire y frío expuesto de continuo,
Unos a helados ríos se tiraban
A causa de aquel fuego en que se ardían,
En las aguas más frías zambullendo;
Desnudo el cuerpo se arrojaban otros
En hondos pozos; con la boca abierta,
Ansiosos de beber, a ellos venían,
Y su insaciable sed no distinguía
Las aguas abundantes de una gota
Cuando sus cuerpos áridos metían:
Ningún descanso el mal les otorgaba;
Tendido estaba el cuerpo fatigado;
La medicina al lado barbotaba
Con temor silencioso: revolvían
Noches enteras sus ardientes ojos
A un lado y otro sin probar el sueño.
Y muchos otros síntomas mortales
Se notaban también además de éstos:
Alma agitada de temor y pena

Sobrecejo furioso y hosco rostro,
Los oídos inquietos con zumbidos,
Viva respiración, o fuerte y lenta,
Cuello bañado de un sudor brillante,
Poca saliva como azafranada
Y cargada de sal de sus gargantas
Con fuerte tos apenas arrojada.
Se atizaban los nervios de las manos,
Los miembros tiritaban, y subía
El frío de la muerte poco a poco
Desde los pies al tronco: últimamente,
Al acercarse el tiempo postrímero
Tenían las narices encogidas
Y su punta afilada, ojos hundidos,
Huecas las sienes, la piel fría y ruda,
Los labios abultados, resaltaba
Tirante frente; a poco fallecían:
El sol octavo o nono los veía
Las más veces lanzar su último aliento.
Mas si alguno escapaba de la muerte,
Como a las veces sucedía, en fuerza
De secreciones de úlceras malignas
Y de negros despeños, sin embargo,
La misma podredumbre y muerte le aguardaban,
Aunque más tarde: sangre corrompida
De su nariz corría en abundancia,
Con dolores muy fuertes de cabeza;
Todas las fuerzas, toda la substancia
Del hombre así llegaban a perderse.
Si no salía el mal por las narices,
Y si no ocasionaba esta hemorragia,
Atacaba los nervios, se extendía
El morbo por los miembros, y cogía
Hasta las mismas partes genitales:
Y unos, temiendo la cercana muerte,
Vivían por el hierro mutilados
De su virilidad; privados otros
De manos y de pies, quedaban vivos;

Y perdían, en fin, otros la vista:
Tan poderoso miedo de la muerte
Cogió a estos infelices, y hubo algunos
Que perdieron del todo la memoria
Y aun a sí mismos no se conocían.
Aunque en tierra yacían insepultos
Montones de cadáveres, las aves
Y voraces cuadrúpedos huían
Su hedor intolerable, y no tardaban,
Si los probaban, en perder la vida:
Las aves, sin embargo, no salían
Impunemente por aquellos días,
Ni dejaban las fieras alimañas
Las selvas por la noche; casi todas
Sucumbían al morbo y fenecían:
Principalmente los leales perros
En medio de las calles extendidos
Enfermos daban el postrer aliento,
Que arrancaba el contagio de sus miembros.
Precipitadamente arrebataban
Sin pompa los cadáveres: no había
Allí un seguro y general remedio:
La pócima que había prolongado
La vida a unos, a otros daba muerte.
Pero allí lo más triste y deplorable
Era que algunos de estos infelices
Que se veían presa del contagio
Se despechaban como criminales
Condenados a muerte, se abatían,
Veían siempre a par de sí la muerte,
Y en medio de terrores perecían.
Multiplicaba empero las exequias
Principalmente el ávido contagio,
Que no cesaba ni un instante solo
De irse comunicando de uno en otro;
Porque aquéllos que huían las visitas
De dolientes amigos por codicia
De la vida o por miedo de la muerte,

Víctimas insensibles perecían
Dentro de poco tiempo, abandonados,
Necesitados y menesterosos,
Como lanar ganado y como bueyes:
Mas los que no temían presentarse
Al contagio y fatiga se rendían,
Viendo que el pundonor y tiernas quejas
De amigos moribundos precisaban
Entonces a llenar estos deberes.
Porque el más virtuoso ciudadano
Acababa la vida con tal muerte:
Y después de enterrar la muchedumbre
De sus prendas más caras, se volvían,
Fatigados de llantos y gemidos,
A encamarse, muriendo de tristeza:
Por fin, en estos tiempos de desastre
Muertos o moribundos, o infelices
Que los lloraban, sólo se veían.
Además, ya pastores y vaqueros
Y el fuerte conductor del corvo arado
Enfermaban también, y los buscaba
El contagio dentro de sus cabañas,
Y allí les daban muerte inevitable
La pobreza y el morbo: se velan
A veces los cadáveres tendidos
De los padres encima de los hijos,
Y los hijuelos el postrer aliento
Sobre padres y madres exhalaban.
El contagio en gran parte provenía
De la gente del campo, que a millares
A la ciudad enfermos acudían:
Todos los sitios públicos y casas
Estaban llenos; por lo mismo entonces
Con más facilidad amontonaba
Apiñados cadáveres la muerte.
Muchos de sed morían en las calles;
Y después de haber otros arrastrado
Hacia las fuentes públicas sus cuerpos,

Sin vida allí quedaban extendidos,
Ahogados al sentir la gran dulzura
Que les causaba el agua que bebían:
Y las calles estaban ocupadas
De unos lánguidos cuerpos medio muertos
Hediondos y sucios y andrajosos,
Cuyos miembros podridos se caían:
La piel sola tenían sobre el hueso,
En la que ya las úlceras y podredumbre
Habían producido el mismo efecto
Que hace la sepultura en el cadáver.
La muerte, en fin, llenó de cuerpos muertos
Todos los templos santos de los dioses,
Y estaban de cadáveres sembrados
Todos los edificios de deidades;
Los hicieron posadas de finados
Los sacristanes: importaba poco
La religión ya entonces y los dioses,
Porque el dolor presente era excesivo.
Y se olvidó este pueblo en sus entierros
De aquellas ceremonias tan antiguas
Que en sacros funerales se observaban:
Andaba todo él sobresaltado,
Y en este general abatimiento
Cada cual enterraba a quien podía:
Y la necesidad y la indigencia
Horrorosas violencias inspiraron;
Porque algunos gritando colocaban
A sus parientes en la pira ajena,
Y poniéndola fuego por debajo,
Con mucha sangre a veces pendenciaban

Actividades

1. ¿Consideras que la imagen del cuadro de Sweerts se ajusta de algún modo a los relatos de Tucídides y Lucrecio?
2. ¿Consideras analogables la peste que asoló Atenas y la actual pandemia por coronavirus? ¿Por qué?
3. ¿Qué diferencias y similitudes observas entre los relatos y los enfoques de Tucídides y de Lucrecio?
4. ¿A qué causas atribuyen la peste Tucídides y Lucrecio? ¿A qué causas las atribuye tú? ¿Cuáles de esas causas consideras también presentes en la actual pandemia por coronavirus?
5. ¿Qué juicio te merece la explicación dada por Lucrecio acerca de la aparición de las epidemias? ¿Se ajustan, a tu juicio, a nuestro conocimiento actual?
6. ¿Qué medidas de auxilio se prestaban los atenienses unos a otros? ¿Qué les hubieras recomendado tú? ¿Qué hubieras hecho tú?
7. ¿A qué atribuyes el itinerario que siguió la peste en su camino a Atenas?
8. ¿Por qué crees que la peste llevó a los atenienses a relajar sus costumbres? ¿Observas eso en la actualidad?
9. ¿Cómo crees que la peste afectó la vida de los atenienses? ¿Cómo crees que la pandemia por coronavirus afecta la tuya?
10. ¿Qué piensas acerca de las consecuencias de la peste de Atenas? ¿Qué consecuencias de mediano y largo plazo crees que dejará nuestra actual pandemia?
11. ¿Qué opinas de las medidas restrictivas de la libertad que han adoptado las autoridades del país? ¿Las consideras efectivas? ¿Las consideras justas?